

III.

III. “EL AGUA VIVA”

(Jn. 4, 5)

Cuando Jesús se enteró de que había llegado a oídos de los fariseos que él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan –aunque no era Jesús mismo el que bautizaba, sino sus discípulos–, abandonó Judea y volvió a Galilea. Tenía que pasar por Samaria. Llega, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dice: “Dame de beber.” (Jn. 4, 1-7)

Los apóstoles regresaron desde la aldea donde habían ido a comprar alimentos. “Y quedaron sorprendidos de que Jesús hablara con una mujer.” (Jn. 4, 27) No es que Él no hablara con mujeres. Cuando venían de regreso, los habían visto solos: Él y la mujer, una pareja en aquella soledad del campo y del pozo. Se veía que algo había entre los dos, como un entendimiento, una intensidad profunda del diálogo pero nadie se atrevió a preguntarle: ¿Qué hablas con ella? Sólo le dijeron: “Rabbí, come.” Pero Él les dijo: “Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis.” Esta fue la sorpresa. Ellos lo sabían todo de Él, con él viajaban, lo asistían, sabían cuándo oraba y cuándo descansaba. ¿Qué será de este secreto? Les había asegurado que sólo estaba enviado a las ovejas de Israel; ¿qué tendría que ver con una samaritana? Sin embargo, este era el alimento extraño. En aquella inmensidad desértica, que separaba Galilea de Judea, los samaritanos eran un pueblo despreciado y odiado.

Jesús hace una excepción a su programa general. No podrá dejar esta parte desviada del pueblo de Dios sin anunciarles también a ellos el Reino, la Nueva Alianza. Es sólo un adelanto. Después de la Resurrección, Felipe los evangelizará con grandes éxitos, porque la semilla ya estaba echada de

antemano. Cuando llegó, sudado y cansado, y se sentó al lado del pozo ya tenía un plan: el agua era el tema.

En una tierra árida como Palestina, el agua ha sido siempre un material precioso, frecuente ocasión de diferencias, luchas y hasta de guerras. El patriarca Jacob se hizo famoso por los pozos que hizo excavar; algunos sin la suerte de encontrar el precioso líquido, fueron rellenados. Otros se conservaron por siglos. Todos eran muy profundos, hasta alcanzar las capas friáticas inferiores. A veces se excavaban como inmensas cavernas, con escaleras internas, que permitían el acceso hasta el nivel del agua. En estas profundidades, el agua era pura, cristalina, filtrada por mantos arenosos: una verdadera riqueza vital.

Algunos, como el de Sicar, ciudad de Samaria, se conservaban a través de los siglos, juntamente con el recuerdo de los patriarcas y su fe en el Señor único del cielo y de la tierra. Este en particular no aparece en la lista que da la Escritura, referente a los pozos mandados a excavar por Jacob. Sin embargo, a Él se le atribuía, juntamente con el adoratorio en la cumbre del Garizim, una alternativa samaritana al templo de Jerusalén. Además, los pozos se habían convertido en etapas obligadas, destinados a apagar la sed a lo largo de las rutas que atravesaban el continente y hacían posible el paso de las caravanas por los desiertos. En este caso es Jesús quien, de camino a Judea, debe atravesar Samaria y una mañana llega exhausto, y se sienta a descansar junto al pozo.

El pozo era también el lugar para encuentros. En Gen. 28, 1, el siervo de confianza de Abraham, en su encargo para buscarle esposa a Isaac, descansa junto a un pozo en Nicar, el cual lo pone en contacto directamente con Rebecca. También en Gen. 29, Jacob junto al pozo, se enamora de la bella Raquel, quien venía a surtir agua para los rebaños de su padre. En los pozos el agua fluía como un río subterráneo, inagotable; una auténtica fuente de vida, muy diferente del agua de la lluvia, que en muchas ciudades se recogía en cisternas. Desde la ciudad de Sicar, llega una mujer a sacar agua del pozo, junto al cual descansaba Jesús. El agua es naturalmente el centro de atracción de todo el episodio. El calor del sol, el agua fresca y el encuentro con una mujer.

“Llega una mujer de Samaria a sacar agua.” (Jn. 4, 7) Era muy normal que al mismo pozo se juntaran personas de orígenes muy lejanos. En este caso, la

distancia no era sólo física, porque entre israelitas y samaritanos, había una separación histórica: los primeros despreciaban a los samaritanos como paganos, cuya fe se había corrompido, y como herejes a evitar, para no contaminarse. Consecuentemente, no se trataban.

Jesús le dice: “Dame de beber.” (Jn. 4, 7) Jesús busca una excusa para entablar conversación con la mujer y el tema es el agua. La mujer ha venido a buscar agua. Jesús le pide agua. Un elemento entre dos mundos: Israel y Samaria. Es frecuente ver interpretaciones de este episodio que consideran a la mujer como el símbolo de todo un pueblo: los samaritanos. Sus cinco maridos, como los cinco grupos paganos que habían ocupado esta región. Sin embargo, una interpretación meramente simbólica, eclipsa el peso humano de esta mujer pecadora, apasionada y, al mismo tiempo, dispuesta a reconocer sus errores: capaz de creer y renacer. Jesús le ofrece pretexto para excitar su indignación étnica y se acerca a ella con un plan; la acorralla, hasta ponerla frente a una decisión: entre cerrarle el acceso o, bien, abrirle el corazón. ¿Una conquista para la fe o simplemente un instrumento para abrir un nuevo campo al reino, entre este pueblo odiado y despreciado de los samaritanos? Quizás, ambas cosas al mismo tiempo para que la Palabra sea anunciada en este remanso atrincherado e impenetrable y, sin embargo, fecundado por la fe del último patriarca Jacob y su hijo José, privilegiado por Dios: al mismo tiempo sembrar la esperanza de salvación en una alma descarrilada pero sincera, como la de esta mujer.

En realidad, por ella empieza, por la frontera étnica, que oponía samaritanos a israelitas. Le dice la samaritana: “¿Cómo, tú siendo judío, me pides de beber a mí que soy samaritana?” (Jn. 4, 9) A la primera salta la identidad grupal y la diferencia étnica aflora en la reacción. La mujer se identifica con su pueblo, hace alarde del sentido comunitario o de un líder de la minoría marginada. Es una forma de camuflar sus problemas bajo el escudo de la defensa tradicional. El extranjero no es nadie como individuo, sólo un extranjero judío, nada de personal. Tampoco él tiene derecho a abordar un contacto personal y penetrar en su intimidad. Jesús evita la confrontación, meramente superficial de la historia o de las culturas. Sólo están de frente ellos tres: el hombre, la mujer y el pozo.

Jesús descuida los elementos que podrían enardecer la oposición y se mantiene firme en el tema del agua a la cual ambos han acudido. El agua es la realidad que

los une, aunque ella se cierra a posibilidades misteriosas. “Jesús le respondió: si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice dame de beber, tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva.” (Jn. 4, 10) Su respuesta es sorprendente. Jesús pide de beber, pero él lleva consigo agua viva; contrapone el agua que fluye hacia abajo, con el agua de surtidor que va hacia arriba, esta es agua viva. Jesús, aunque en forma de alusión, recobra la intimidad del diálogo. El hecho de estar el uno frente al otro ya ha establecido un contacto que no puede ignorarse. Jesús toma todos los riesgos de estar sólo frente a una mujer sola. Sobran todas las hipócritas formas sociales.

Él posee un secreto. El agua posee múltiples dimensiones: la del mar, la que sepultó al Faraón y sus ejércitos; la de Moisés que saltó de la roca y acompañó en su peregrinación a los israelitas; la de Jonás, rebelde a la llamada de Dios; la del Jordán que era instrumento de penitencia para el Bautista; y ésta de Jacob que ha alimentado toda una región pero ninguna de ellas ha sido agua viva. “¿Si tú conocieras el don de Dios, tú la habrías pedido!” Jesús, de una vez compromete la intimidad de la persona de la samaritana, su carácter y su historia: conocer el don de Dios y pedir el agua viva. La mujer que recorría sus dos kilómetros, desde el pueblo de Sicar hasta el pozo, no era una mujer que se dejara escapar una ocasión para saber más y tener más. De hecho, le atrajo en seguida la idea de una agua viva. No entendió en qué sentido podría ser un don de Dios, pero sí entendió que era necesario tomar contacto con ella.

Pensó en un instrumento físico como un guacal, un cubo, para elevar el líquido desde las profundidades. Intuyó que estas palabras podrían ser signo de algo más extraño: ¿una agua simplemente material? o ¿esa agua tenía que ver con la vida del espíritu? Iba descubriendo lentamente el sentido de la propuesta de Jesús: “¿Señor, no tienes con qué sacarla y el pozo es muy hondo, de dónde puedes obtener esa agua viva? Sintió que sus palabras, intencionalmente torpes, no estaban en tono con la propuesta de Jesús. Rápidamente se corrigió, aunque con cierto sabor a ironía.

“¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob, quien nos dio el pozo, y de este bebieron Él y sus hijos y sus ganados?” (Jn. 4, 12) La mujer se refugiaba otra vez en la tradición, para encontrar un terreno sólido, de cara a este desconocido, aparentemente seguro y decidido a ofrecer mayores revelaciones.

Jesús soslayó la ironía. La mujer se mostraba escéptica, pero no impenetrable. En su actitud, algo hacía prevalecer la inteligencia y el deseo de conocer más. Jesús le respondió. En su intervención iba a puntualizar, cuál sería la naturaleza de esta agua. En su voz el agua brillaría como una luz que fluye a través de la mente del hombre y renueva su claridad, para iluminar sus pasos y trazar un sendero en la vida. “Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás. Sino que el agua que yo le dé, se convertirá en él, en fuente de agua que brota para la vida eterna.” (Jn. 4, 13-14) Ahora la mujer entendió que esta agua alimentaría otra clase de vida. Su significación era todavía ambigua: agua que quita la sed, de esto se trata pero ¿cómo puede ser que el que beba de esa agua ya no tendrá sed?

A pesar de ser una mujer que especulaba, no podía seguir el hilo de este discurso. ¿Era una agua capaz de regenerarse a sí misma y generar a otros? ¿Cómo estaría esa agua en la raíz de la vida? ¿Puede esta nueva fuente personal engendrar la vida eterna? Todo ello seguía un ritmo profético; coherente en sí; pero nada claro. ¿Cuál sería la esencia de esta agua? ¿Su calor, fuerza, claridad, santidad, sabiduría? La mente de la mujer se esforzaba por seguir el juego intelectual de su interlocutor. Por cierto se encontraba frente a un personaje de alto calibre intelectual: ¿un profeta? ¿un místico? ¿un esenio? Hablaba de agua y pensaba en el alma. La samaritana tuvo la sensación de un temor que iba creciendo dentro de ella. “Estas palabras me obligan a reflexionar sobre mi alma; penetran en mí; amenazan mi más secreta intimidad.”

Su vida entera había sido una aventura; nunca había retrocedido frente a lo desconocido. No era la primera vez que sentía el hechizo de un desafío. Decidió dejarse llevar por el deseo, a pesar del miedo y de la sospecha de alguna trampa oculta, exclamó: “Señor dame de esa agua.” (Jn. 4, 15) En seguida advirtió, que había caído por completo en las manos de su extraño interlocutor. Quiso dar marcha atrás pero ya era tarde. Jesús seguía delante de ella, tan calmado y tan indefenso, como si nada hubiera ocurrido. Su rostro todavía indescifrable, pero una luz clara y bondadosa, se desprendía de sus ojos. Vio que esta era la reacción que él esperaba. La mujer intentó manipular sus propias palabras que decían más de lo que había deseado. Y añadió: “para que yo no tenga más sed, y no tenga que venir aquí a sacarla.” (Jn. 4, 15)

Ella, en este momento ya sabía que no era cuestión de distancias. Quiso hacerle alusión, para materializar el asunto. Además, nadie la obligaba a recorrer los dos kilómetros de camino que separaban la ciudad del pozo. Ella lo hacía con gusto, porque siempre buscaba lo mejor. Venía hasta aquí, para abastecerse del agua más limpia y saludable. En cierto sentido, esto resumía toda su vida... “buscar siempre lo mejor” y sabía que también había sido esta la causa de sus fracasos. ¿En qué consistía lo mejor? ¿Quizás esta agua viva le revelaría el secreto? Ahora había caído en la trampa y no deseaba salir de ella. (Jn. 4, 16) Jesús había logrado aquello que deseaba desde el comienzo: entrar en su alma; descubrir el fondo de sus deseos. Comprendió que ahora podría hablar con ella de tú a tú, exponerse; pero también exponerla a ella, a la luz de su palabra.

“Le dice: vete, llama a tu marido y vuelve acá.” (Jn. 4, 16) La frase sonaba algo ingenua. Era como remitir a nuevas explicaciones más tarde y confiar en que interesarían a toda la familia. Hubo un silencio. La conciencia estaba derrotada pero no vencida. Ella dudó si agarrar su cántaro y desaparecer sin retorno pero su alma estaba turbada. No podía retroceder de su petición, aunque fuera por orgullo. Lo que la amarraba y le impedía huir, no era orgullo, era un sentimiento de simpatía y de admiración que la polarizaba hacia el desconocido extranjero. Él le había demostrado su superioridad. Hasta le había leído la secreta angustia de su vida. Un sentimiento fuerte la empujaba hacia Él.

Durante toda su vida había sido apasionada; cinco veces se había enamorado, con la fuerza de un tornado del desierto; su entrega había sido clamorosa, escandalosa y absoluta. En cada caso el fuego se había apagado pronto y cambiado en signo negativo, hasta la separación y el odio. Este nuevo amor subía lentamente desde el fondo de su corazón. No podía dejarlo, huir, apagarlo y dejar de ser sí misma para siempre. Entonces le salió de los labios la palabra dura que la humillaba y que la entregaba sin reservas: “No tengo marido.” (Jn. 4, 17) ¿Era esto lo que Él deseaba saber? La respuesta de Jesús la sorprendió.

“Bien has dicho que no tienes marido; porque has tenido cinco maridos, y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad.” (Jn. 4, 17-18) Ella vio delante de sus ojos, sus cinco amores, sus ilusiones, sus sueños que la habían proyectado hacia las estrellas, y sus caídas desesperadas, sus fracasos. Su defensa de la cultura samaritana no era desinteresada. En el relajamiento moral de los paganos se le permitían sus excesos. Aceptaban sin condenarle sus desmanes y caprichos. A pesar de todo, la comunidad la quería. Ella poseía la virtud

de hacerse amar y la había aprovechado para cautivar a sus cinco maridos y muchos más. Sólo los fracasos eran suyos, profundamente suyos, grabados en su alma. ¿Cuántas veces se había preguntado por qué los fracasos?

Ella notó que Jesús no quiso herirla, no quiso insistir en sus divorcios. Únicamente puso el acento sobre la verdad. “En esto has dicho la verdad.” Esta palabra establecía un puentecito, aunque delgado y frágil entre ella y Él. Él poseía la gran verdad y Él, agua viva; pero ella también sabía decir la verdad y esto la colocaba muy cerca de Él. Claramente, él la conocía. Quizás también había visto dentro de ella este sentimiento de atracción que se hacía cada vez más fuerte. Sólo los profetas podían leer las intimidades de las personas, cuando hablaban con el poder de Dios. Ella lo reconoció, y esto le dio miedo. Se sintió avergonzada y quiso salir de su problema personal que le dolía así como plantear el problema de la verdad en un ámbito más grande.

Le dice la mujer: “Veo que eres un profeta.” (Jn. 4, 19) Antes lo había llamado judío, ahora lo llama Señor, con cariño y con devoción. No sólo lo ama; ¡lo venera! La pequeña verdad que ella ha dicho, ahora se convierte en la palabra clave, y que Jesús se encargará de explicar, para todos, para samaritanos y judíos, así como también para dar una respuesta a las angustiosas interrogantes de ella misma. “Nuestros padres adoraron en este monte; y vosotros decís que es Jerusalén donde se debe adorar.” (Jn. 4, 20) Es la segunda vez que la samaritana habla como representante de su pueblo, identificada con su comunidad pero la pregunta se hace ahora acerca de la verdad. Más allá del simple lugar donde hay que adorar a Dios, la pregunta vierte acerca de la verdad del credo. Cada lugar indica una diferente interpretación de la historia y de la ley de Dios.

Jesús separa las dos cosas: la verdad de los conocimientos teóricos del proceso de salvación es más importante que el lugar. “Créeme mujer, que llega la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén adorareis al Padre.” (Jn. 4, 21) Sólo el Judaísmo, con su capital Jerusalén ha conservado la tradición originaria: esta incluye a los patriarcas, Moisés y los profetas; y ahí habrá que celebrar la nueva alianza. En cambio, la Samaria ha incorporado otras tradiciones. Por esto: “vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos.” (Jn. 4, 22) Sin embargo, todo esto viene del pasado y no es capaz de salvar a nadie, “porque la salvación viene de los judíos.” Esta es parte del presente y se proyecta hacia el futuro. Esta es la que proclama la verdad ante todo el mundo.

La samaritana estaba ahora en éxtasis frente a la visión universal que Jesús hacía brillar ante sus ojos: la verdad de la salvación, el agua que daba la vida y brotaría para siempre. Posiblemente, la palabra “salvación” no poseía en su mente un sentido muy preciso pero ella sabía que Noé había sido salvado de las aguas del diluvio; que Moisés fue salvado de las aguas del Nilo; que el pueblo fue salvado del agua del Mar Rojo; que Judith fue salvada del ejército asirio. Estaba claro que toda salvación venía directamente de Dios. En su corazón encontraba un eco que iluminaba su propia vida. Salvarse quería decir, liberarse del peso de los pecados, rescatar su propia vida en la verdad.

En este momento, la mujer tuvo la visión de la grandeza de este hombre asistido por la divinidad. Como que Dios mismo se había colocado entre ellos y tuvo fe en Él: una fe que nacía de un sentimiento de amor. Todavía no había terminado de revelar sus secretos. Jesús ya no la miraba a ella; levantó la cabeza sobre el gran valle surcado por el camino entre los dos polos: Galilea y Judea, pasando por Samaría. El Garizim hospedaba la plataforma y adoratorio levantado por Jacob; Jerusalén, con el templo restaurado por Herodes el grande. Dos polos de devoción, materializados por los respectivos cultos, sacrificios y rituales. Todo ello no era más que una introducción a los tiempos nuevos, a la gran instauración del reino. Entonces con acento profético añadió: “Llega la hora (y ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y verdad porque así quiere el Padre que lo adoren.” (Jn. 4, 23)

La samaritana veía su rostro resplandeciente; el sol del mediodía encendía sus cabellos y sus palabras se expandían como rayos de luz. Ella se preguntaba: ¿es esta el agua viva que Tú nos das? ¿Es la verdad que el Padre nos comunica y nos lleva a la salvación? Con su escasa formación teológica, la mujer no podía comprender cómo la vida humana pudiera convertirse en verdad, en la verdad del Padre, y en qué modo su profeta nos traería la salvación pero el corazón es más penetrante que la mente. Ahora estaba dentro del pensamiento de Él y se arrodilló delante de Jesús como enviado de Dios. Recordó a Abraham en el encinal de Mambré, a la misma hora del mediodía; recordó a Moisés frente a la zarza envuelta en llamas y que no se consumía. ¿Estaría Dios delante de ella en forma de ángel? Invocó al Señor, en espíritu y verdad.

La idea de verdad y de salvación de repente suscitó en su alma la imagen del Mesías. Las dos ideas iban necesariamente juntas: verdad y Mesías. “Sé que

va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga nos lo anunciará todo.” (Jn. 4, 25) ¿Era la expresión de un deseo o, simplemente, el eco de lo que ella había escuchado y sentido dentro de sí? o... ¿fue una intuición de su corazón? Ya estaba dispuesta a creer en la gran revelación. Jesús le dijo: “Yo soy, el que te está hablando.” (Jn. 4, 26) No tuvo que agacharse porque ya estaba de rodillas: sólo lo adoró. ¡Cuántas veces había soñado con el Mesías! No había mujer del pueblo escogido que no soñara en Él alguna vez, pensando que podría ser su hijo. Ahora lo tenía delante, en persona, hasta lo podía tocar. Su afirmación había sido breve, una simple verdad, sin metáforas, sin la sombra de las parábolas. Era la respuesta a su corazón. Al amor respondía con amor; a la entrega total respondía con la verdad escueta. Quiso borrarle de la mente todas las dudas. Había visto su deseo de verdad, su encendida pasión de amor. Con esta revelación se le daba plena libertad al corazón. No sería un nuevo amor de hombre. Será su único amor, el amor de verdad. “Porque este hombre es Dios.”

Jesús prohibía a las muchedumbres, y hasta a los enfermos que había sanado, que divulgaran esta verdad. Sólo hay pocas excepciones: a la Magdalena, a Marta, frente al sepulcro de Lázaro, al ciego de nacimiento. En la plenitud de su conquista de amor, ya no pudo callar. Era la llana verdad de su ser divino de su misterio sagrado. Se entregaba sin reserva a las almas que habían crecido en la fe; hasta el punto de que la vida de ellas, desde aquí en adelante, sería exclusivamente suya. La mujer reconoció en Jesús la auténtica verdad del Padre a quien había que adorar. Era también la respuesta a todas sus preguntas. ¿Por qué mis amores no fueron auténticos? ¿Por qué tan pronto se demostraron falaces? Esta era la respuesta. He amado con pasión; he entregado las fuerzas de mi alma y de mi cuerpo pero este fue mi error: nunca busqué la verdad. Ni creía en la verdad. Sólo me quedé en la superficie de las cosas, en la belleza del cuerpo, en mi poder de atracción, en la adulación de mis amigos, en la admiración de mi gente. Nunca pensé que la verdad estaría en lo profundo, más allá de los ritos, de los gestos, en el fondo del espíritu, en el que se asoma la presencia del Padre.

Jesús también ha utilizado el agua que todos apreciamos; pero este signo nos conduce a la pureza del padre, a su presencia que nos llama a la verdad. El Mesías está delante de mí, es el amor del Padre; yo también lo puedo amar.

La mujer que salió corriendo a llamar a sus amigos y ciudadanos, era una mujer nueva, era ya una discípula que creía en el hijo de Dios. La reacción fue espontánea; su corazón rebosaba de felicidad. Esta felicidad no se podía esconder, ni gozar en secreto, egoístamente. Era necesario compartirla; que otros también creyeran. “La mujer, dejando su cántaro, corrió a la ciudad.” (Jn. 4, 28) Es cierto que con el cántaro lleno de agua, no habría podido correr pero, hay algo más en este olvido voluntario. Algo suyo se quedaría con Él. Era importante que ese enlace íntimo, que acababa de establecerse entre los dos, no se rompiera. El agua del cántaro ya no era importante, ahora que otra agua corría por su mente y su alma: el agua viva.

“Y dijo a la gente: venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho.” (Jn. 4, 29) No interesaba lo que ella había hecho; lo maravilloso era que todo lo pusiera a la luz del sol, con la claridad con que Dios lee dentro de las almas. “Sólo el Mesías podría ser este hombre portentoso, dueño de la visión de Dios. ¿No será este el Cristo?” Lo pone en forma interrogante; pero en su alma había una certeza que no podía exponerse en público, porque ésta hacía vibrar todas las fibras más escondidas de su alma. Seguramente recorrió todas las calles de la ciudad. Recordaba al profeta Jonás, caminando a regañadientes, por las calles de Nínive, sin importarle si estaban o no de acuerdo pero, había algo en su voz y en su convencimiento que alborotaba. ¿Quién era ella, para volverse profetisa? Y como en Nínive, la gente le creyó. (Jn. 4, 39)

Salieron de la ciudad e iban donde Él. Por cuanto importante este testimonio, no hacía más que plantear algo que ya era de dominio público: pronto vendría el Mesías, el anunciado por los profetas y descrito por Daniel en sus visiones. Mientras caminaba, la samaritana volvía a recorrer las etapas de su conversión que la había llevado a la verdad: empezaba por lo más notorio y escandaloso de su vida, pero también lo más superficial, los hechos de su historia privada. Pues, por algo se empieza. Desde esta iluminación dolorosa de asuntos privados se abría el camino a la reflexión, a la confianza hacia ese hombre Nazareno. Su estrategia había surtido efecto. Desde una primera denuncia moralizadora, la curiosidad, la admiración, habían suscitado el deseo de un encuentro más radical. Todos corrían ahora hacia Jesús.

El pozo, el agua viva, el espíritu de verdad, la mujer convertida constituían un argumento irresistible. “Cuando llegaron donde él los samaritanos, le rogaron

que se quedara con ellos.” (Jn. 4, 40) Jesús estaba hablando a sus apóstoles sobre su modo de llevar adelante la obra del Padre. “No decís vosotros: ¿cuatro meses más y llega la siega? Pues bien, yo os digo: alzad vuestros ojos y ved los campos, que blanquean ya para la siega.” (Jn. 4, 35) El reino se extendía, no sólo a los israelitas; ya incluía a los samaritanos, más tarde se abriría a todos los paganos del mundo. La samaritana era una muestra de la conversión y de la salvación. “Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba: me ha dicho todo lo que he hecho.” (Jn. 4, 39) Por cierto, no se trataba de una mujer cualquiera, era excelente en el bien como en el mal, quizás, una líder. Todo el mundo conocía sus andanzas y ahora querían ver la razón de ese cambio. La samaritana ha cumplido así con su misión: atraer el Mesías a su gente. Ella deberá desaparecer, dejar el lugar únicamente a Él. A pesar de haber dado su testimonio, Él era la verdad.

“Cuando llegaron donde él, los samaritanos le rogaron que se quedara con ellos.” (Jn. 4, 40). Ya tenía una casa dónde hospedarse entre ellos, donde la mujer del cántaro. Les costó admitir que un judío pudiera ser bienvenido en su ciudad pero la idea del Mesías barrió con todos los prejuicios. “Y se quedó allí dos días y fueron muchos más los que creyeron, por sus palabras.” Fue una verdadera misión. La mujer convertida estaba con ellos y su amor crecía cada día. La pequeña grey tendría una mediadora. “Y decían a la mujer, ya no creemos por tus palabras: que nosotros mismos hemos oído y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo.” La verdad había brillado delante de sus ojos, aquella verdad que el Dios de Abraham y el Dios de Jacob, el de los pozos, había enviado por medio de su Hijo a la tierra. La mujer reconoció que esta verdad se iba multiplicando y se extendería a toda la tierra: era realmente el agua viva prometida por Jesús, era el Espíritu Santo de Dios que se multiplicaba en los creyentes, y en cada uno de ellos se convertía en una nueva fuente de verdad hasta constituir una nueva comunidad, la comunidad creyente, por la fe en Jesucristo.

El Sal. 80, 19 dice: “Ya no volveremos a apartarnos de Ti, nos darás vida, e invocaremos tu nombre.” Ya podía irse Jesús seguro, la comunidad estaba formada, y la mujer estaba con ellos. Había sido fuerte en el mal, aún sería más fuerte en el bien. Ignoramos hasta el nombre de esta mujer, que se arrepintió de sus pecados, que amó a Jesús como creyente y se convirtió en su mensajera

y, posiblemente, jefe de la primera comunidad cristiana entre paganos. San Juan es el único evangelista en relatarnos este episodio. Los samaritanos, en la opinión pública, seguían siendo un pueblo de paganos e infieles. Juan quiso respetar el anonimato de esta mujer, quien fue también, en sí misma, uno de los grandes milagros y una conquista de Jesús. Hubo muchos otros personajes anónimos sanados de diversas enfermedades, como el endemoniado de Gerasa, los dos leprosos, el hijo del funcionario real, el cual dice Juan, creyó él y toda su familia. (Jn. 4, 53) Hay una diferencia: en ella, el milagro consistió en una transformación meramente interior y espiritual, desde el momento en que brotaron en su corazón el amor y la verdad; la Verdad encarnada en Jesús y acogida como el agua viva. ¿Sería tan grande su amor, que merecería convertir esta comunidad pagana en la primera comunidad transformada por Jesús y que se incorporara al Reino?

El calor de su presencia y la admiración de todo el pueblo no habían desaparecido cuando empezó a correr el rumor de que el Mesías había sido condenado y había resucitado. Fue la presencia de Felipe quien llevó la noticia y la confirmó con toda clase de obras milagrosas. “Los que se habían dispersado iban por todas partes anunciando la Buena nueva de la Palabra.” (He. 8, 4) La antigua esperanza había revivido; por fin el Mesías llegaría con toda su verdad. “Felipe bajó a una ciudad de Samaria y les predicaba a Cristo.” Al parecer, hay una continuidad entre el episodio del agua viva y la nueva predicación de Felipe. No habían transcurrido más que algunos meses, desde que los habitantes de Siquém habían reconocido en Jesús al Mesías. La pequeña comunidad, con la mujer del agua viva, se había conservado unida en la nueva fe pero, ahora, una nueva luz se prendía por las palabras del apóstol. “La gente escuchaba con atención y con el mismo espíritu lo que decía Felipe, porque oían y veían las señales que realizaba.” (He. 8, 6) Aquello que Jesús les había anunciado, ya se cumplía delante de sus ojos.

El Espíritu de Dios iluminaba el mundo nuevo, nacido a los tres días de su muerte, con la resurrección. Felipe era testigo y ejercía los mismos poderes: “pues de muchos posesos salían los espíritus inmundos dando grandes voces, y muchos paralíticos y cojos quedaron curados.” Había llegado la hora de adorar a Dios en espíritu y verdad. “Y hubo una gran alegría en aquella ciudad.” Era la primera iglesia del Señor resucitado en tierra pagana. Era la primera comunidad

de hermanos convertidos, quienes creían en Jesús y lo amaban. La maravillosa noticia corrió entre los apóstoles, como un gran milagro de conversión, hermanos ganados a la misma fe. El Reino iba creciendo con una rapidez que nadie se atrevería a soñar. Las dos principales columnas de los apóstoles en seguida se hicieron presentes. “Y les enviaron a Pedro y a Juan.” La comunidad les envió a otra comunidad para conservar la unidad entre hermanos.

Era la primera señal de una ruptura radical. No habría diferencia entre paganos y judíos, cualquiera en el mundo podría profesar la fe en Jesucristo. “Estos bajaron y oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo.” No estaba reservado a los habitantes de Jerusalén y ni siquiera al pueblo escogido de Israel. Todo ser humano tenía el derecho de hacerse discípulo con tal que se bautizara en el nombre de Jesús. “Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo.” Sin duda, la mujer del cántaro estaría entre los primeros, en recibir el bautismo y acoger a los apóstoles en su propia casa, ahora invadida también por el Espíritu Santo.

Aquello se convirtió en centro para la irradiación de la nueva fe, a toda la región porque no fue sólo el pueblo de Siquém en convertirse, como anotan los Hechos. “Ellos, después de haber dado testimonio y haber predicado la palabra del Señor, se volvieron a Jerusalén evangelizando muchos pueblos samaritanos.” (He. 8, 25) Mientras en Jerusalén la amenaza y la sospecha pesaban sobre ellos, acechaban contra sus vidas, en este oasis de paz, a un pueblo despreciado y considerado pagano por las autoridades, llegaba la libertad de la salvación. Por Samaria, la palabra de vida corría silenciosamente y se multiplicaba con la asistencia del Espíritu Santo.

Cómo nos gustaría conocer tu nombre, mujer samaritana, que llevaste a Jesús a todo tu pueblo. De tu cántaro brotó el agua viva para otros millares de almas perdidas en el desierto. De ti, que borraste de tu corazón todos los demás amores, cuando apareció en tu horizonte, el amor único, el del hijo de Dios, sólo conocemos las primicias de tu maravillosa historia, que podría ser modelo de conversión para uno de nosotros. El resto se ha perdido en nuestro pasado; sin embargo, también se han perdido las historias de muchos apóstoles: del mismo Felipe, de Tomás, de Tadeo, y muchos más, que están registradas en el libro de la Vida.